
La diócesis de Belley-Ars. La memoria de los santos, el Cura de Ars

*The Diocese of Belley-Ars.
The Memory of the Saints, the Curé of Ars*

Joël LAMBERT

Société Nouvelle Gorini. 6, rue de la Paix. 01000 BOURG-EN-BRESSE. sngorini@free.fr

Resumen: Aunque la actual diócesis de Belley-Ars fue creada en 1822 sus frutos de santidad tienen una historia de más de 1500 años. El trabajo analiza el desarrollo del catolicismo en el territorio del Ain donde se encuentra Lyon y Vienne sedes conciliares de gran tradición católica. En este recorrido se pueden destacar los inicios del cristianismo y la figura de san Martín de Tours, la reforma monástica (con el influjo de Cluny y el proliferar de las cartujas), y la reforma católica del siglo XVII con los personajes señeros de san Francisco de Sales y san Vicente de Paúl. Luego, analiza sucintamente la vida del Cura de Ars para pasar en un segundo momento a explicar el estado del catolicismo francés en tiempos del santo, mostrando las dificultades a las que se enfrentó.

Palabras clave: Belley-Ars, Cura de Ars, Juan María Vianney, Ain, catolicismo francés, siglo XIX

Abstract: The fruits of sanctity in Belley-Ars have a long history that goes back more than 1500 years, although the actual diocese of Belley-Ars was erected only in 1822. This article discusses the development of Catholicism in the territory of Ain, where Lyon and Vienne, both conciliar sees of great Catholic tradition, are situated. The discussion highlights the beginnings of Christianity, the figure of St. Martin of Tours, the monastic reform (influenced by Cluny and the growth of the Carthusians), and the Catholic reform of the 17th century, with its standard bearers, St. Francis of Sales and St. Vincent de Paul. It also briefly discusses the life of the Curé of Ars in order to explain the condition of French Catholicism in those years and difficulties that the saint experienced.

Key words: Belley-Ars, Curé of Ars, John Marie Vianney, Ain, French Catholicism, 19th century

La actual diócesis de Belley-Ars fue creada en 1822, como consecuencia de la ley del Concordato de 1801: su territorio coincide con el departamento del Ain. Desde hace 1500 años, el cristianismo ha producido frutos de santidad, a través del testimonio de los religiosos, de las religiosas, de los laicos y de los sacerdotes, entre los cuales el más ilustre y el más reciente es san Juan María Vianney, el santo Cura de Ars (1786-1859).

I. EL CULTO DE LOS SANTOS Y DE LOS MÁRTIRES

Los hogares cristianos de Lyon y de Vienne, del segundo siglo, se han extendido en la región del Ain durante la época merovingia. Los documentos históricos son, en su mayor parte, posteriores a este período. Por lo tanto, es difícil dar crédito a estos relatos hagiográficos. Sin embargo, el paso de san Martín de Tours por el Ain no queda descartado: sesenta parroquias están bajo su patronazgo. Seguramente, también influyó en el culto a san Mauricio (veintiséis iglesias) durante el cuarto siglo.

II. EL MOVIMIENTO MONÁSTICO

Aparte de la Abadía de san Rambert, independiente, la influencia de Cluny se extiende en el Ain y difunde la sabiduría y la cultura artística promovidas por la regla benedictina.

Con las cartujas (ocho fundaciones en Ain), la aspiración a la vida de soledad y de silencio irradia en el testimonio de los cartujos, que se han convertido en los santos obispos de Belley: san Anthelme (1163-1178) y san Arthaud (1188-1190).

III. LA REFORMA CATÓLICA EN EL SIGLO XVII

San Francisco de Sales, obispo de Ginebra (1602-1622), residente en Annecy, dio a conocer, con sus visitas pastorales en el País de Gex y el Bugey, la doctrina y la espiritualidad de la vida cristiana llamadas ser compartidas por todos los cristianos. El se muestra como un artesano convencido de la unidad de la fe y de la Iglesia, en sus controversias apologéticas con los protestantes.

San Vicente de Paúl se convierte en cura de Châtillon-les-Dombes, durante algunos meses del año 1617. El 8 de diciembre entrega oficialmente la Regla a las Damas de la Caridad, para el servicio corporal y espiritual de los pobres.

IV. EL CURA DE ARS: UN HUMILDE MINISTRO DE PARROQUIA RURAL EN EL SIGLO XIX

a) *Una vocación probada por la Revolución*

La Revolución francesa (1789-1895), con su política de persecución anticatólica, provocó una desorganización institucional de la Iglesia y una hemorragia del clero.

Gracias a la promulgación del Concordato de 1801, la «paz religiosa» se restablece en Francia. Es necesario reconstruirlo todo. Es la tarea de la primera generación de obispos concordatarios y de los sacerdotes, sus cooperantes.

Nacido en Dardilly (diócesis de Lyon), el 8 de mayo de 1786, en una familia de agricultores bastante acomodados. Juan María Vianney llevará en su corazón y en su conciencia de joven cristiano, todos los dramas de la Iglesia y las poblaciones católicas ligadas a las leyes revolucionarias: la fidelidad de su familia al Papa, la lealtad del cura de Dardilly, del sacerdote Rey –amigo de la familia–, al juramento cívico. El cierre de la iglesia parroquial, las misas en oculto, el testimonio de los sacerdotes buscados por su denegación del juramento, como don Groboz, que lo preparó para su primera confesión y su primera comunión, en la sala común de la granja, cerca del gran reloj.

El ahogo de la ideología revolucionaria anima al joven Juan María a abrirse a una vocación sacerdotal detectada por el nuevo cura de Ecully, Charles Balley, ex religioso de la Congregación de santa Genoveva. Un recorrido sembrado de pruebas para el joven campesino, privado de una instrucción escolar durante la Revolución, expuesto al decaimiento de los seminarios, de los profesores y a los cursos en latín de una teología seca y abstracta. Dirigido por Balley, Juan María Vianney es ordenado sacerdote en la capilla del obispado de Grenoble, por monseñor Simon, el 13 de agosto de 1815, en pleno derrumbamiento del imperio napoleónico.

b) *El cura de parroquia*

En primer lugar, es nombrado vicario de Balley, sacerdote de una rara ciencia intelectual y de grandes virtudes, de ascetismo y rigor moral. Vianney imprime en su corazón los sentimientos sacerdotales de su maestro, tanto en la pastoral de los sacramentos como en la conducción de las almas: austeridad, rezo común, trabajo intelectual, disciplina de los sacramentos rigurosa, culto eucarístico...

A la muerte de Balley en 1817, a la edad de 66 años, el joven vicario es designado servidor de la capellanía de Ars, recibiendo, como herencia, la biblioteca de Balley. Realmente, «el Cura de Ars imitará a su padre espiritual. El hizo, en Ars, lo que vio hacer Ecully» (Mallet, OP).

Llega a Ars, el 13 de febrero de 1818, buscando su camino en la oscuridad de un frío día de invierno; un pequeño pastor, Antoine Givre, se lo indica; «Y bien, mi amigo, tu me has mostrado el camino de Ars, yo te mostraré el camino del cielo» le responde el joven sacerdote.

Todo el programa pastoral del nuevo párroco está ya enunciado.

c) *Un ministerio laborioso y fecundo (1818-1859)*

Desde su llegada a Ars, el joven sacerdote afronta los retos que la situación religiosa de la parroquia le impone: reconstruir y embellecer la iglesia parroquial, desarrollar

el culto, reestablecer el honor de la pastoral de los sacramentos, organizar la vida parroquial, constituir cofradías espirituales, catequizar a los niños y a los adultos, combatir la inmoralidad (la lucha contra los cabarets y las modas) consolidar las virtudes cristianas de la familia y del trabajo, dirigir el canto parroquial.

Se rodea de valiosos ayudantes para realizar, a largo plazo, esta pastoral global. Son laicos del pueblo, como Catherine Lassagne, directora de la escuela-orfelinato de la Providencia, ayudada por Benoite Lardet, la Srta. de Garets, la generosa castellana de Ars; Jean Pertinand, para la escuela de muchachos.

Más tarde, las congregaciones religiosas tomarán el relevo: los Hermanos de la Santa Familia de Belley, como los Hermanos Athanase y Jérôme, las hermanas de Santo José de Bourg. El comparte su carga pastoral con don Raymond, su desconfiado vicario, más tarde con el sacerdote José Toccanier, un colaborador comprensivo.

d) *La proyección sacerdotal y pastoral del cura de Ars*

Juan María Vianney es «el tipo acabado de los sacerdotes en su ministerio» (san Pío X, 1905).

- el contacto habitual y simple con los feligreses de Ars;
- la aptitud de todo feligrés para vivir una espiritualidad eucarística (misa, adoración, procesión), Dios se deja tocar:
- la atención prestada a los pecadores. Dios es misericordia;
- la devoción mariana y la consagración de su parroquia a la Inmaculada Concepción de la Virgen María, el 1 de mayo de 1836;
- las instrucciones del catecismo de los niños y adultos, en la Providencia y en la iglesia, la predicación en el púlpito;
- el desarrollo de un cristianismo social que impregna la vida de la familia, las relaciones con el próximo, la vida de trabajo;
- el respeto del domingo y las fiestas religiosas, y la santificación del tiempo;
- la obediencia a su Obispo, monseñor Alejandro-Raymond Devie (1823-1852), que le da a conocer a san Alfonso de Ligorio y su teología de la gradualidad, para la frecuencia de los sacramentos;
- el interés por los misioneros y la obra lionesa de Pauline Jaricot;
- el gusto para la liturgia y el cuidado prestado a la belleza material de la iglesia parroquial;
- la preocupación pastoral y fraternal hacia los curas vecinos.

La gracia del Cura de Ars reside esencialmente en su vida de intimidad con Cristo: las largas horas diarias de adoración silenciosa, una vida sacerdotal conforme a los actos de su ministerio pastoral, una ciencia preclara del corazón humano en el confesionario y en la dirección espiritual, su amor hacia los pecadores y los pobres. «VÍ a Dios en un hombre» (un testigo).

EL CATOLICISMO FRANCÉS DEL SIGLO XIX EN TIEMPOS DEL CURA DE ARS

El ministerio pastoral de Juan María Vianney, en la parroquia rural de Dombes, en Ars, desde 1818 hasta su muerte en 1859, reúne las grandes intuiciones misioneras experimentadas por la Iglesia de Francia, a la salida de la Revolución, y los grandes debates de la sociedad francesa, en sus relaciones complejas con el catolicismo.

El humilde cura de pueblo a quien Juan María Vianney representa, organiza a nivel local, una vida parroquial que integra, en sus realizaciones, estas grandes orientaciones nacionales, y define un estatuto del fiel laico. La parroquia de Ars puede estudiarse como un microcosmos de la Iglesia de Francia.

I. LA CUESTIÓN SACERDOTAL Y LA IMAGEN DEL CURA EN SU PARROQUIA

La firma de un Concordato en 1801 entre el Estado francés y el Vaticano, permite obtener la «paz religiosa», que se hizo necesaria después de la persecución anticatólica del terror revolucionario. En él se establece el estatuto del ministro de culto. Así, este se transforma en un cura que sirve que ejerce a su Ministerio en una parroquia o en una vicaria. Su persona y las actividades de su ministerio pastoral son seguidas por el obispo diocesano; por otra parte, las autoridades prefectorales y la administración departamental cumplen un papel de vigilancia sobre el respeto de las leyes civiles que deben observar los sacerdotes y obispos.

El marco legal de regulación de las relaciones entre la Iglesia y el Estado marca las iniciativas de la Iglesia diocesana, en materia de «contratación» sacerdotal. La «obsesión del número», como destaca un historiador francés, Pierrard, se convierte en una política casi «voluntarista» de las vocaciones sacerdotales, fomentada por los obispos. A ejemplo del cura de Ars, el sacerdote francés se encuentra vivamente empujado a enviar al seminario menor y al mayor, a los jóvenes de su parroquia, en vistas a una posible ordenación, con el fin de colmar el déficit crónico del clero diocesano.

Otro punto de preocupación pastoral: la rehabilitación de la vida parroquia y la restauración de la función del cura. La «carga de almas» hace del cura, en el siglo XIX, un verdadero pastor, y lo sitúa en el centro del dispositivo de la vida parroquial. El es su alma y motor. La unidad de la comunidad y vida parroquiales se organiza alrededor de una pastoral de los sacramentos y de una pastoral de la predicación; las devociones, las procesiones, las peregrinaciones, las cofradías, son dirigidas estrechamente por parte del clero. La vida parroquial ejerce una función de unificación de la conciencia católica.

II. LA VIDA RELIGIOSA

El Concordato del 15 de julio de 1801 reconoce que «el catolicismo es la religión de la mayoría de los franceses»; por el contrario, las congregaciones religiosas no

tienen existencia legal, desde la supresión de los votos monásticos solemnes, por la ley del 13 de febrero de 1790. Se concede una tolerancia de reconocimiento legal a las Hijas de la Caridad, y más ampliamente, más tarde, a todas las congregaciones masculinas y femeninas, cuyas obras son de enseñanza o de asistencia. La vida contemplativa es excluida por la ley civil de la recomposición del paisaje religioso, de la vida consagrada.

Progresivamente se reconstituyen las órdenes antiguas hasta 1850 y en paralelo se crean congregaciones religiosas de vocación apostólica, como en 1800, las Damas del Sagrado Corazón de Jesús, fundadas por la Madre Magdalena-Sophie Barat y las Hermanas de la Caridad de Besançon, por la Hermana Jeanne-Antide Thouret. Estas fundaciones se adaptan a las nuevas necesidades, a través de pequeñas comunidades religiosas establecidas en las parroquias rurales, para la enseñanza –con la educación religiosa de niños y jóvenes–, para el cuidado de los enfermos «a domicilio», para la preparación de futuras esposas y madres de familia, para las obras parroquiales, y para el cuidado de la iglesia parroquial.

Las congregaciones de hermanos educadores y las constituidas por sacerdotes especializados en las misiones parroquiales se desarrollan. El Cura de Ars ¿llegó a conocer las intuiciones de algunos fundadores, como el hermano Gabriel Taborin, con los Hermanos de la Santa Familia de Belley, el sacerdote Jean-Claude Colín, con la Sociedad de María (padres maristas), Marcelino de Champagnat, con los Pequeños Hermanos de María (o hermanos maristas)? San Juan María Vianney encaminó a más de un centenar de jóvenes y chicas hacia la vida religiosa.

III. LA ESCUELA CONFESIONAL

La educación de la juventud es la clave de la conciencia cristiana. La instrucción de los niños pasa por la escuela y el catecismo. Los curas se preocupan de desarrollar escuelas para los muchachos y las chicas, confiadas, generalmente, a laicos más o menos cualificados. El Cura de Ars había formado a feligreses para llevar la escuela de los muchachos (Jean Pertenand) o la Casa de Providencia para las niñas pobres o huérfanas (Catherine Lassagne, Benoîte Lardet). La dirección de estos centros escolares volverá de nuevo, más tarde, a las congregaciones religiosas. Es una evolución general que hará de las escuelas primarias, escuelas congregacionistas, combatidas posteriormente, por el régimen republicano, con las leyes de 1880 y de 1901.

La instrucción religiosa ocupa un lugar privilegiado en la educación general. Se conoce la dedicación del Cura de Ars al catecismo diario de las once, a los niños de la Providencia, en su establecimiento, en primer lugar, y luego en la iglesia parroquial. Las verdades fundamentales de la fe cristiana y la moral evangélica son inculcadas a los niños para enseñarles a convertirse en cristianos adultos en la familia y en la Iglesia.

IV. LA RENOVACIÓN MARIANA

El siglo XIX es, indiscutiblemente, el siglo de la piedad mariana. La Iglesia de Francia desarrolla la devoción popular en honor de la Virgen María. A la definición dogmática de la Inmaculada Concepción de la Virgen María en 1854, le siguen otros acontecimientos de bendición mariana sobre la tierra de Francia: las apariciones de la Virgen en París (Medalla milagrosa en 1830), en la Salette (1846), en Lourdes (1858), en Pontmain (1871), en Pellevoisin (1876). Autenticadas por la Iglesia, estas manifestaciones marianas son seguidas, en las diócesis y en las parroquias, por la construcción de santuarios, por la bendición de estatuas del Virgen (en la plaza del pueblo, fachadas de las iglesias), por la organización de peregrinajes y procesiones marianas, por prácticas devocionales: el Rosario viviente en favor de las misiones alejadas (Pauline Jaricot en Lyon), el rosarios de los niños, el mes de María (mayo), las fiestas litúrgicas de María, etc.

Así, el Cura de Ars realiza un peregrinaje con su parroquia, descendiendo el Saone en barco, hasta Notre-Dame de Fourvière, en Lyon. Consagra su parroquia al Corazón Inmaculado de María el 1 de mayo de 1836. En la diócesis de Belley, numerosas parroquias de la Bresse y de las Dombes fijan una estatua del Virgen en la cumbre de la fachada principal de la iglesia parroquial. Los pequeños santuarios rurales consagrados a María son levantados de sus ruinas y conocen un verdadero éxito popular.

V. LA MISIÓN: UN COMPROMISO CRECIENTE

En la primera mitad del siglo XIX, bajo la Restauración y la Monarquía de Julio, la conducta pastoral de la Iglesia de Francia está vivificada por un espíritu de reconquista espiritual con el fin de reparar las heridas de la descristianización causadas por la Revolución: si las poblaciones rurales son, en general, a pesar de las diversidades regionales, más receptivas al mensaje cristiano, las élites burguesas siguen siendo más anticlericales y volterianas.

Las misiones parroquiales son una respuesta adaptada al fenómeno de secularización o indiferencia religiosa, dirigidas a consolidar, en las parroquias, el esfuerzo pastoral de los sacerdotes. Obras de combate de las ideas modernas u obras de apologetica de la fe cristiana, las misiones parroquiales se convierten en instituciones diocesanas. Cada diócesis dispone de un cuerpo de sacerdotes constituidos en misioneros diocesanos con una residencia diocesana. Monseñor Devie, obispo de la diócesis de Belley, crea, en 1833, una sociedad de los misioneros diocesanos con sede en la casa de Pont de Ain.

El Cura de Ars, que predicó misiones en las parroquias vecinas de Ars, como Trévoux en 1823, acoge a menudo a los misioneros diocesanos para apoyarlos en su

tarea pastoral: se pueden citar a los sacerdotes Camelet y Tocannier. Este último será el sucesor del Cura de Ars.

Estas misiones parroquiales son cerradas por una misa solemne que reúne a toda la población del lugar, precedida por la práctica de la confesión general y coronada por la bendición de una cruz de la misión.

Progresivamente, las congregaciones religiosas se especializarán, a partir de los años 1830-1840, en el apostolado de las misiones exteriores (América, Asia, África). A ejemplo del Cura de Ars, suscriptor de la revista misionera de los Anales de la Propagación de la Fe, las curas sensibilizan a sus fieles para sostener a los religiosos y a las religiosas franceses en sus territorios de misiones: la oración mariana, las cuestiones reservadas, la prensa y la literatura misionera, los relatos de los mártires, etc.

La reconstrucción de las iglesias y capillas arruinadas por la Revolución o la construcción de nuevos edificios de culto contribuye, indirectamente, a este despliegue de la actividad misionera. El campanario se convierte en un símbolo significativo del pueblo; se convierte, en el seno de la sociedad civil, en un factor de unificación católico. Desde su llegada Ars, Juan María Vianney se preocupa, con sus propias manos, en restaurar el campanario de ladrillos destruido en 1794. La campana ritma la vida diaria de la familia y el trabajo: y el campanario tiene por función reunir a la comunidad parroquial para las celebraciones de culto.

El siglo XIX no confina el catolicismo francés en una actitud de desconfianza, respecto a una sociedad post-revolucionaria que se está construyendo, liberándose de los principios cristianos. El catolicismo francés acrecienta su capacidad para restaurar sus fuerzas espirituales, en las instituciones diocesanas, la densa red de parroquias, en la extensión creciente de las estructuras hospitalarias y escolares... Controla sus relaciones con el Estado, sobre el principio de una tensión negativa entre la ley de Dios y la ley de los hombres, reforzando su compromiso con la sede de Pedro, emancipándose de una sensibilidad nacional (el galicanismo) en favor de un discurso más romano (el ultramontanismo). Es la modernidad del catolicismo francés del siglo XIX.